

EL UMBRAL DEL LATIR

EL UMBRAL DEL LATIR



VICTORIA FONARI



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2026

Depósito legal: SE 4041-2026

ISBN: 979-13-7060-942-9

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Victoria Fonari

© Traducción del rumano al español: Ovidiu Constantin Cornilă

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y,
por tanto, ecológico.

EN EL TEMPLO DEL SER, A TRAVÉS DEL PORTAL DEL CORAZÓN

El volumen de poesía titulado sugerentemente *El portal del corazón* se publica en 2024 en la editorial Prospexi, Rumanía. Su autora, Victoria Fonari, es una poeta consagrada (con diez libros de poesía a sus espaldas) y profesora titular de la Universidad Estatal de la República de Moldavia. Debutó con un volumen, también de poesía, titulado *Vuelo en antítesis*. Es la primera autora de Moldavia que introdujo el concepto de hermenéutica en los estudios de crítica literaria a través de las monografías *Hermenéutica literaria*, *La hermenéutica del mito antiguo en la literatura de la República de Moldavia (1990-2010)* y *Mitología*. Cuenta con importantes premios en la República de Moldavia y Rumanía, tanto por su investigación (medalla de bronce en Euroinvent 2021) como por su poesía (Premio Especial Nicolae Dabija por su contribución a la promoción de la cultura rumana en Besarabia y Bucovina del Norte, en el marco del evento nacional Toamna Bacoviana de los miembros de la Filial de Bacau de la Unión de Escritores de Rumanía).

El presente volumen, *El portal del corazón*, al que dedico los siguientes comentarios, resulta bastante rico en temática y consta de cinco partes: «Bajo el signo de los tilos», «A través de la música me desprendí de lo cotidiano», «La meta-

morfosis del lienzo», «Itinerario cultural» e «El infinito del instante».

Desde el principio, y de forma sutil cuando la ocasión lo requiere a lo largo del volumen, la autora aborda el mito, una forma de la conciencia histórica, pero también una incrustación en el símbolo del tilo (*in memoriam* Eminescu), que desempeña el papel de purificador del mundo, un *axis mundi*, o «el aroma dorado/nos envuelve/en su horizonte vivo» (p. 17).

La poeta se presenta como un ser solar: «el sol anuncia/mi llegada» (p. 18), o «quiero el sol de fuera» (p. 29), en el contexto en el que el universo, el tiempo (p. 31) y el amor son metamorfosis de su propio ser, de modo que todo el paisaje se convierte en una hipóstasis de una metamorfosis personal, con implicaciones universales (el poema «La manzana del universo», p. 19).

Victoria Fonari transmite un sentimiento sincero y vivo, escribe con el corazón (p. 20), se transforma en primavera, participa activamente en el acto poético, aplica la razón, pero no en el sentido de *homo capax rationis*, ni en las tres vertientes de la famosa meditación —a saber, la escolástica, la renacentista y la de la hermenéutica moderna—, sino más bien siguiendo un tono meditativo experimental. La poeta reconoce la primavera como un Big Bang (p. 32), una magia de la creación, lo que remite, implícitamente, a un *modus vivendi* sinestésico, resultando, por tanto, en una explosión de sentimientos, de pensamientos, una suma total del yo.

El contacto de los versos de Victoria Fonari traslada la historia de los lugares a un origen de la autora, una especie de Partenón ontológico. Así, Alba Iulia o Chisináu se perfilan como los orígenes del sueño de la Gran Unión, que no conoce fronteras físicas ni morales (p. 24). Es más, para la poeta el hogar es la cuna del mundo, allí donde florecen los cerezos y la vida se convierte en un milagro (p. 36). Es, como decía Ciprian Porumbescu, un lugar donde la nostalgia te carcome y al que siempre regresas, aferrado a una garza, que vuelve con la primavera.

La temática que aborda Victoria Fonari no se sale de los cánones de la gran aceptabilidad literaria. El lector tiene ante los ojos del corazón conceptos concretos y abstractos de una normalidad sorprendente, que la poeta de Chisináu aborda de forma fascinante. La inteligencia afectiva, ese saber hacer de los sentimientos y los pensamientos, se convierte en un templo para la creación de un mundo propio, un laboratorio y, al mismo tiempo, un paso hacia otros espacios, donde la fantasía se encuentra con el afecto, donde todos nosotros «Podemos volar abrazados» (p. 33), donde «no nos rendimos. ¡Vivimos!» (p. 38).

El arsenal literario empleado en la creación de estas experiencias es variado. Así, la música figura como nexo emocional y trascendente entre la autora y el lector. La poeta acepta su conversión en mujer-lira (p. 40), intención enmascarada por una formulación casi impersonal, que queda inmediatamente al descubierto en el título siguiente: «A través de la música me desprendo de lo cotidiano» (p. 39). La intencionalidad retórico-poética impide la aceptación del yo como portador del *logos-synaísthima* (emoción-fuente). En este marco, el universo acepta y acoge (p. 43), y la música, su aglutinante instrumento, hipnotiza exactamente como el canto de las sirenas que diezmó la tripulación de Ulises, sin permitir ninguna resistencia. Precisamente por eso, tal vez, en algunos momentos de la vida, siguiendo el consejo de la poeta, sea mejor no aceptar la prohibición, y no como un manifiesto inconsciente de la voluntad, sino como un conocimiento originario de la luz reconocida, una especie de iniciación adánica o paradisíaca de Blaga (p. 46).

En toda esta materia poética, nada tendría sentido sin la cultura, sin el arte. El arte, y en especial la poesía, ennoblece al ser humano. Así, «Bajo la cúpula del arte/El hombre echa a volar... Bajo la cúpula del arte/La poesía se convierte en aire» (p. 46). El libro, en general, y su morada perfecta, la biblioteca, se convierten en música (p. 49), cuando la película de la mente crea nuevos

mundos, satisface el conocimiento y, sobre todo, toma forma de ala y de hada (p. 50).

Desde otra perspectiva poética, Victoria Fonari vislumbra la realidad a través de un lienzo, una visión, por lo demás, original, que me hace pensar en una especie de protección del yo, tal y como ocurre en el mito de Perseo y Medusa, cuando este, en su intento de capturarla, temiendo ser transformado en una estatua de piedra, evita localizarla con la mirada directa y lo hace de forma indirecta, a través del escudo que le regaló Hefesto. El lienzo es un amigo fiel de la poeta, la mantiene alejada de la perecibilidad del tiempo, de su acción corrosiva, acercándola al arte, a la cultura (p. 56). El espectro del cuadro, del lienzo, del velo actúa como un diafragma amortiguador entre el mundo real y el metamundo. Es más, activa una magnífica mutación artística: la poeta, en su papel de lira, de mujer, de creadora, pinta los elementos cósmicos con partes de su propio cuerpo. ¿Qué puede ser más impresionista, renacentista o, sencillamente, qué imagen se atrevería a contradecir a un arquitecto cuyas herramientas son la imaginación, los sentimientos y la voluntad? (p. 59).

Aquí, en el corazón de la creación, la autora de *El portal del corazón* teje la danza de la perfección, de la dualidad, de Él y de Ella. *El baile* (p. 62) representa, según tengo entendido, la clave ritual de la plenitud y, a través de su sensualidad y complicidad, alude directamente al ser de dos cabezas y dos corazones del *Banquete* de Platón. Es, sin lugar a dudas, una acción deliberada, lo opuesto a la confusión y al azar del ser shakespeariano, en el que Hamlet afirma, en un momento dado, en el acto I, escena II, de la obra del mismo título: «*Frailty, thy name is woman*», es decir, «Debilidad, tu nombre es mujer». La mujer-poeta-creadora propuesta por Victoria Fonari (o quizá su propia representación) no representa una entidad de la fragilidad-debilidad, sino que remite más bien a una intensidad superior de la vivencia que refleja en sus versos, escritos al óleo (p. 63).

En la diversidad del recorrido poético que nos ofrece la poeta Victoria Fonari, asistimos también a un momento histórico. Como afirmaba Nicolae Balcescu: «La historia es el primer libro de una nación. En ella, esta ve su pasado, su presente y su futuro». Nada más cierto. La poeta es plenamente consciente del valor de la historia. Sincrónica y diacrónicamente, el factor de los acontecimientos reclama el derecho a un origen común, a una fuente, a una pertenencia social y existencial. Títulos de poemas como *El instituto en la historia de entreguerras* (p. 72), *El museo real* (p. 74), *Ave Europa* (p. 76), *Venecia* (p. 78), *En los bancos de la Universidad de Alcalá* (p. 81), *El laberinto de Toledo* (p. 83), etc. demuestran la pluralidad ideática del respeto hacia las efigies culturales, una fuente de conocimiento y crecimiento del yo humano y poético. Los lugares evocados adquieren proporciones cardinales, de modo que, a través de la memoria afectiva, el corpus poético se forma, nace y toma la forma de un rompecabezas ontológico. *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, dirían los latinos, con razón.

Todas estas estrofas poéticas trazan el retrato de una creadora de versos en la que, y a través de la cual, el tiempo —esa obsesión infinita sin cuerpo— derriba e inicia civilizaciones, la materia misma. Junto al tiempo, como eternidad o como segundo, la poeta Victoria Fonari invoca el laberinto, con el sol (leitmotiv), con el viento (Eolo, el dios), pero, sobre todo, con la letra, en su forma verbal de palabra, de diálogo. La letra desempeña el papel de regenerar la inquietud, la propia lucha por la vida, por un lado, y, por otro, de explicarla mediante el lanzamiento retórico de preguntas-concepto. Este simple acto se nos presenta a través de un gesto poético de gran delicadeza: «Las palabras pronunciadas/Son como velas/Se derriten/Haciendo luz/No las recordamos con exactitud/Pero nuestros cuerpos/Las conservan intactas/En un negativo de la escultura/Palabras que nos acarician/Y en soledad» (p. 114).

Y por último, pero no por ello menos importante, las palabras, la poesía y la empatía se revelan como claves para la supervivencia en un mundo cada vez más empobrecido espiritualmente, un universo en el que el conocimiento se reduce visiblemente y el hombre virtual se aleja de su verdadera vocación de superviviente digno (*per speculum in aenigmate*).

Las alas de la poesía escrita por Victoria Fonari son su juego. Junto al tiempo, factor omnipresente en este volumen de versos, encontramos otro igualmente fundamental: el amor. Presente en repetidas ocasiones en los títulos de los poemas, como *El amor* (p. 121), *Llevamos las alas de Eros* (p. 128), *Biografías con historias de amor* (p. 130), *La cápsula del amor* (p. 152), este término abstracto trasciende los límites de lo normal y se convierte, al igual que el dios-naturaleza de Spinoza, en un dios invisible, en el que creemos firmemente, como instinto reflejo, en todo momento, por voluntad propia o por necesidad. «Si no hay amor, no hay nada», concretaría Victor Petrini, el personaje de Preda en *El más amado de los terrestres. Nec plus ultra*.

Habría mucho más que decir, pero dejo estas líneas como una invitación dirigida al lector para que lea el volumen de poemas *El portal del corazón*, firmado por Victoria Fonari, creadora de belleza literaria de la República de Moldavia, una poeta y una mujer de cultura a quien tuve el placer de conocer personalmente en Madrid, en el año del Señor de 2018, con motivo de un evento de celebración cultural.

Deseo a todos aquellos que se sienten inspirados, sensibles y sedientos, sin límites, de la dicha de escribir versos y del mundo que estos encierran, que se sumerjan profundamente en el volumen de la poeta de Chisináu, y que el mensaje que transmite fecunde majestuosamente las almas en las que el arte ha anidado a través de los sentimientos. O, como afirmaba proféticamente Balzac: «*Nos sentiments ne sont-ils pas, en quelque sorte, des poèmes de la volonté?*», «¿No son nuestros sentimientos, en cierto modo, poemas de la voluntad?».

AUTOR: OVIDIU CONSTANTIN CORNILĂ

I
EN EL SIGNO DEL TILO



En el signo del tilo

 Escribo en la hoja del horizonte
 empapada con el aroma del tilo.
 La Tierra ya no tiene oxígeno;
 la atmósfera es de perfume de tilo.
 Las ramas de otros árboles
 llevan su aroma.
 La ciudad transforma sus arterias
 en un gran árbol de tilo.
 Entramos en la Galaxia Teia.
 Contemplamos la marea del gran árbol.
 Por la noche, las olas de tilo suspiran.
Las personas se convierten en marineros del barco Argo.
 Por todas partes, la lana dorada
 Se arroja sobre las ramas.
 Flechas,
 fragantes flechas,
 apuntan a los corazones.
 Los arcos crecen en el jardín
 con miles de pendientes.
 El aroma dorado
 nos abraza
 en su vivo horizonte.